

A la Universidad le interesan sobremanera sus postgrados. Quisiera precisar por qué le interesan. Entenderlo es útil para saber lo que esperamos de ellos, cuáles son las direcciones en las que quisiéramos verlos orientados.

Nos interesan los postgrados que estén ligados al cultivo original, creativo de la ciencia. No nos interesan los que buscan primariamente acreditar niveles, para cualquier género de fines.

Esta afirmación tiene sus consecuencias; impone limitaciones; delinea políticas universitarias.

La primera consecuencia es que donde queramos desarrollar post-gradados, tenemos que fundarlos sobre la investigación científica. Pero al revés, y por ser nosotros una universidad, o sea una institución de enseñanza y formación, el trabajo de investigación estará siempre incompleto, sin el post-grado.

Esto implica la necesidad de hacer opciones de desarrollo. La universidad no puede aspirar a ser universal, en el sentido de cubrir homogéneamente todas las ramas del saber. Se usa por ahí mucho el juego de palabras entre universidad y universal. Pero eso no pasa de ser un juego de palabras. "Universitas", en el siglo XIII, cuando se empezó a usar el término en el sentido de un establecimiento educacional, significaba simplemente una corporación, cualquier corporación, y no tenía nada que ver con una presunta "universalidad del saber", concepto que atribuido a aquella época es un simple anacronismo.

Reitero que tenemos que fundar nuestros postgrados en la investigación; y debemos aspirar a que toda nuestra investigación esté ordenada a la formación superior, y esa doble exigencia nos impone la necesidad de elegir áreas y concentrarnos en ellas.

La segunda consecuencia de la ligazón entre post-gradado e investigación científica, es el hecho de que los post-gradados tenderán aquí como en cualquier parte, a la especialización que es condición necesaria del avance de las ciencias. Habiendo trabajado muchos años, muy buenos años, como especialista, no soy de los que cuando hablan de la especialización, parten mencionando todos sus peligros. Yo comparo la realidad que busca nuestro conocimiento con algún vasto panorama que nos está oculto detrás de una muralla. La ventanita que cada uno horada para llegar a ver el paisaje, es la especialización; a través de ella lo vemos, lo vemos de verdad; sin ella nos quedaríamos de este lado, a lo sumo pintando monos en el muro. No vemos entero el paisaje, y corremos ciertamente el peligro de que

nuestra visión sea parcial, sea sesgada. La especialización que es el arma más hermosa y eficiente que tenemos para ejercer nuestra creatividad científica, tiene entonces sus riesgos; pero hablar de ellos solo es lícito cuando se ha reconocido su insuperable valor.

Creo que esa es la razón de por qué a la formación científica especializada le hace tanto bien el hospedarse en la universidad. A primera vista podría decirse que ciencias o técnicas especializadas se pueden aprender de muchas maneras, en muchos sitios. No habría aparentemente por qué preferir instalarlas juntas en la universidad.

Pero hay algo especial que se introduce en el estudio, por el hecho de compartir el trabajo intelectual con otros hombres y mujeres, que tienen intereses diversos, enfoques distintos, especialidades diferentes.

Tal vez no hay ningún rasgo que sea tan propio del ser humano, como lo es el de vivir en comunidad, el de no poder desarrollarse plenamente sino en el intercambio con sus semejantes.

Permítanme que les traiga una cita tomada de un contexto enteramente ajeno a esto que nos ocupa hoy día. En los primeros siglos cristianos, cuando surgieron los monjes, los había principalmente de dos tipos: los anacoretas que vivían aislados, y los cenobitas que vivían en asociación, en comunidad. San Basilio, monje de Capadocia en el Asia Menor, dejó el modelo de las reglas monásticas para los que habían de vivir en comunidad, y escribió unas frases que, por ser profundamente humanas, se pueden aplicar a muchos géneros de actividad:

"Considero por muchas razones que es útil llevar vida común con los que tienen la misma voluntad y el mismo propósito, en primer lugar porque también para las necesidades materiales y el servicio de los alimentos ninguno de nosotros se basta a sí mismo...nadie puede discernir con facilidad sus culpas y vicios pues no hay quien se los reproche...Es imposible que uno solo pueda recibir todos los dones del Espíritu Santo...."

En buenas cuentas, la plenitud de una vocación personal, sólo se da en la comunidad de los hombres. En nuestro caso, es la interacción en la comunidad científica la que puede superar las vallas de la especialización, manteniendo el ánimo de cada cual alerta hacia la multiplicidad de direcciones del movimiento intelectual.

La universidad es buena para la ciencia en la medida en que en la comunidad universitaria se mantenga y cultive el interés por el intercambio de puntos de vista, por el mutuo enriquecimiento espiritual.

El contacto vital entre jóvenes que tienen competencias e intereses especializados, crea las condiciones para un trabajo auténticamente interdisciplinario, permite la fecundación cruzada de campos disciplinares a veces muy distantes. Y es de sobra sabido que los mejores avances de la ciencia se producen en los sitios de encuentro de disciplinas que hasta un momento dado se suponían enteramente ajenas entre sí. Y el tiempo privilegiado para ese encuentro es justamente el de la juventud, y el de los años de formación en que se pueden forjar lenguajes y relaciones nuevas.

Es en esa dirección justamente, hacia dónde debe apuntar la vida universitaria. Tal vez ese es el sentido más propio en que se pueda hablar de comunidad universitaria. Comunidad, "communio", significa etimológicamente un grupo humano que comparte un "munus", que es como un encargo, un don, el que es al mismo tiempo una responsabilidad, que eso es lo que está implícito en la palabra latina "munus". El encargo es el de enriquecernos recíprocamente en lo intelectual, por el intercambio, la participación de los puntos de vista, de los enfoques, de los caminos de pensamiento diferentes.

Lo cual significa que así como a la ciencia le hace bien el ser cultivada en la universidad, a esta le es indispensable cultivar la ciencia según las exigencias propias de la especialización. Porque así como no se puede soñar en un hombre universal en sus conocimientos, no se puede renunciar a una comunidad abierta potencialmente a todas las direcciones del saber, y convocada por el deseo de promover ese contacto.

Creo que una mirada superficial al panorama de las ciencias hoy día muestra un espectáculo de convergencias inesperadas y potencialmente fecundísimas. Menciono algunas porque ya son obvias. Las de la mecánica cuántica y la relatividad han abierto el camino de una nueva cosmología con una visión de la evolución y destino del universo físico, que hace muy pocos años era realmente inimaginable. Hay poderosas armas de análisis matemático que se aplican a procesos físicos químicos y biológicos y que están ofreciendo caminos nuevos de abordaje para los procesos sociales. Desde la lingüística hasta la biología molecular, desde la termodinámica a las estructuras celulares, surgen puntos de contacto, avances sorprendentes. Creo que desde el Renacimiento no se registraba una explosión tan desbordante de vías nuevas de acceso a la realidad, y por lo tanto una llamada tan vehemente a las comunidades juveniles a internarse en esta exploración.

Me parece que la estas Jornadas son una expresión de la necesidad, de la importancia de ese encuentro en la búsqueda. Puede ser que sean todavía principalmente un símbolo, porque nos queda mucho por hacer en esa dirección. Pero son un símbolo importante. Ustedes saben tan bien como yo, lo difícil que resulta el verdadero contacto humano en las condiciones de la vida

contemporánea. Llamarles la atención a los estudiantes de postgrado sobre este hecho fundamental de que es la comunidad científica el actor principal en el progreso y desarrollo de la ciencia moderna, y que la comunidad se constituye en el intercambio intelectual, me parece tarea de la más alta importancia.

La comunidad científica es también el sitio para reflexionar sobre un aspecto de nuestra actividad que se hace cada vez más apremiante, que es el de su sentido. Un hombre aislado, sin intercambio, sin contactos, puede renunciar caprichosamente a la pregunta por el sentido de lo que hace. Una comunidad que se sabe poseedora de un poder y una influencia tan grandes sobre las personas y la sociedad, no puede renunciar a esa pregunta sin correr el riesgo de disolverse porque su propia insuficiencia se haga demasiado evidente ante sus propios miembros.

La ciencia contemporánea ha puesto en manos del hombre una capacidad de comprensión y de dominio sin precedentes. Pero también lo ha puesto a él en medio del universo que estudia. La obligatoria separación entre el observador y lo observado se hace cada vez más cuestionable. Al dar cuenta del mundo que lo rodea, el hombre está necesariamente llamado a dar cuenta de sí mismo. El problema de la ética ya no es marginal respecto de la ciencia, es constitutivo de ella, y surge a cada paso. La responsabilidad por este mundo que conocemos mejor y sobre el cual podemos actuar más eficazmente, se hace insoslayable, lo que constituye un hecho nuevo, porque los métodos mismos de la indagación en problemas éticos parece enteramente ajenos a los de las ciencias naturales y exactas.

La comunidad científica puede ser entonces el medio para evitar el reduccionismo científico. Cada tipo de especialista, acostumbrado a razonar de una manera determinada, a valorar una metódica dada, tiene una tendencia a considerarla como si fuera la única válida y posible, y a cerrar otros caminos que lo podrían llevar a una perspectiva distinta sobre las cosas. Esto ha sido particularmente claro en el desencuentro entre actividades intelectuales como las humanidades, la filosofía, las ciencias naturales y exactas y las artes.

Este desencuentro es destructivo cuando se trata de considerar en su integridad el problema del hombre, desde el momento en que es este justamente el lugar donde todas esas aproximaciones tienen su raíz. Una comunidad científica sensible a esa multiplicidad de vías de conocimiento, cada cual de validez rigurosa pero limitada, no podrá dejar de ser sensible al carácter trascendental de quien se plantea al mismo tiempo como el objeto central y como el sujeto de la búsqueda científica contemporánea. No podrá dejar de ser sensible a la condición del hombre en el cosmos, a esa condición que era expresada por el filósofo medieval al decir que la inteligencia era en cierto modo todas las cosas, un modo, podríamos decir, que consiste en contenerlas y trascenderlas y que es como la

expresión más clara de esa calidad especial que es la dignidad de la persona humana.

Les deseo el mejor éxito en estas Jornadas, que ellas resulten una ocasión de auténtico intercambio intelectual y humano en general, y que aviven y mantengan en ustedes el deseo y la vocación de enriquecer a la comunidad humana en la búsqueda científica.